



Homilía

FIESTA DE SAN JUAN DE ÁVILA

Seminario Mayor, 9 de mayo

Mis queridos hermanos: 4 sacerdotes de nuestro Presbiterio fueron ordenados en 1967; 16 celebran los 25 años de su ordenación en 1992. ¡Cómo no dar gracias a Dios por lo que estos hermanos son y han llevado a cabo en su servicio sacerdotal! Yo mismo, que estoy más cerca de los 50 años de ordenación que de los 25, recuerdo con gratitud cada año ese día, a pesar de tantas miserias y pecados. Pedimos, pues, al Señor que no nos pueda el desaliento. Pero sobre todo, agradecemos al Señor por vuestras personas: vuestra fiesta es nuestra fiesta.

La vida y la actividad apostólica de san Juan de Ávila, Maestro y apóstol sobre todo de Andalucía, quiera Dios que nos sirva para obtener su espíritu de renovación de nuestras vidas sacerdotales. Monseñor José Rico nos mostrará al Maestro de Ávila relacionándola con la Iniciación Cristiana. Felicidades a él, que celebra también sus bodas de plata; gracias por estar con nosotros en este día.

La lectura casi continua del libro de los Hechos en este tiempo pascual nos muestra, tanto ayer como hoy en el capítulo 13, la misión organizada de Pablo, Bernabé y sus acompañantes. Toda una peripecia en la que no faltan episodios y desafíos: el mago y falso profeta Barjesús, la conversión de Sergio Paulo, el abandono de Juan Marcos, joven con miedo, el discurso de san Pablo en Antioquia de Pisidia, adaptado a una audiencia de la sinagoga de esa ciudad. Es una imagen realista, lógicamente abreviada, de la incipiente misión evangelizadora de la Iglesia primera la que nos da san Lucas. Y el cuarto evangelio recuerda asimismo las palabras de Jesús, tras el lavatorio de los pies: “el criado no es más que su amo, ni el enviado más que el que envía” (Jn 13,16). Hay en esta escena evangélica traición, incomprensión y también insistencia ante la dificultad de la tarea apostólica.

A menudo nos pasa lo que a Pedro y sus compañeros, que no pescamos nada, después de haberlo intentado. Por ello, aunque sabemos que somos instrumentos no muy hábiles, corremos el riesgo de perder la alegría de la evangelización. Conservar esta alegría de evangelizar, esta alegría del Evangelio, es gracia siempre a pedir, para no ser evangelizadores tristes, cansados y aburridos. El Señor, sí, nos envía en la alegría, incluso cuando hay cruz.

Nunca hemos de olvidar los desafíos con los que nos enfrentamos. Desafíos en el seno de la comunidad eclesial y, a la vez, desafíos en la relación con la sociedad en la que estamos. Pero esos desafíos no han faltado nunca en la historia de la Iglesia. Hoy tenemos el desafío de la secularización o la poca importancia que se da a la fe en una sociedad plural, indiferente y multicultural. ¿No escuchamos con frecuencia: “Ah, esta época, con tantos desafíos que nos entristecen”? Pero los desafíos nos hacen madurar y es bueno que los haya para que no tengamos una fe edulcorada, que para nada sirve. Es más, los desafíos nos ayudan a que nuestra fe no se convierta en una fe ideológica. Existen siempre peligros en las ideologías. Me acuerdo de esas palabras de Dei Verbum, 8b: “La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios”. ¿No nos ayudarán, pues, los desafíos a abrirnos al misterio revelado?

Estamos, por otra parte, muy acostumbramos todavía a que todos nuestros fieles o medio fieles respondan de una manera semejante a nuestras propuestas o a desplegar la vida cristiana de modo semejante a como se hacía no hace tantos años. No hemos caído en la cuenta qué significa la cultura de la diversidad. Debemos, por ello, aprender y confiar en el Espíritu Santo, maestro de la diversidad. Miremos nuestra diócesis, los sacerdotes, nuestras comunidades; consideremos igualmente las congregaciones religiosas: ¡tantos carismas, tantos modos de realizar la experiencia creyente, una experiencia multiforme en su unidad! ¿Por qué pensar que eso es un problema? Los evangelios son cuatro, el Evangelio uno, pero esta diversidad es una riqueza. Aquí

tenemos una buena clave que nos ayude a leer el mundo contemporáneo, ayudándonos a leer el mundo contemporáneo: sin condenarle y sin santificarle, sino reconociendo los aspectos luminosos y los oscuros.

La Iglesia une en las diferencias, y es el Espíritu Santo el que hace la unidad, y discierne los excesos de uniformidad y los del relativismo. La pluralidad y la unidad vienen del Espíritu Santo. Sin duda hemos de orar más para que el Espíritu Santo llegue a los corazones y los unifique, en lugar de querer eliminar todo conflicto, todo desafío y tantos procesos de fe como buscan hoy nuestros contemporáneos. Nuestros jóvenes, por ejemplo, están expuestos a un zapping permanente y pueden fácilmente interactuar al mismo tiempo en escenarios virtuales diferentes, nos guste o no. Es en nosotros urgente en estas circunstancias, queridos hermanos, pedir al Espíritu el hábito del discernimiento. En la catequesis, en la dirección espiritual, en las homilias, debemos enseñar a nuestro pueblo, enseñar a los jóvenes, enseñar a los niños y a los adultos a discernir entre el bien y el mal espíritu. Y enseñarles a pedir ellos mismos la gracia del discernimiento.

A este propósito es bueno ir a la exhortación *Evangelii Gaudium*, en los nn. 40-45, titulados “La Misión que se encarna en los límites humanos”. Son consejos sabios del Papa acerca de las cosas y los temas sobre las que estoy hablando, que nos darán ánimo y paz en nuestro quehacer pastoral en esta hora del mundo. Parece que nuestra Iglesia camina hacia unas “minorías”, no élites, y que hace cosas aparentemente pequeñas. Decimos: “parece que somos muchos, pero no somos de verdad, somos de esta manera o de aquella otra; necesitaríamos más gente en este campo pastoral, descuidamos un poco esto o aquello...” Todo esto es cierto, pero no es bueno que nuestro espíritu comience a ser minado por la resignación. Dicen los padres espirituales que la resignación conduce a la acedia (esa tristeza con flojedad).

A mi entender, es aquí donde, en nuestro ministerio de 25 o 50 años, nace la primera acción a la que hay que prestar atención: isomos poco numerosos, tal vez, en minoría, es posible, pero resignados no! Cuando caemos en la resignación, tal vez vivimos con la imaginación puesta en un pasado glorioso que, lejos de despertar el carisma inicial, nos envuelve cada vez más en la espiral de un peso existencial. No quisiera que os ocurriera esto, hermanos sacerdotes. Pero si ocurriera, pensad en esto: “La mirada de fe es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Rom 5, 20). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña” (EG 84).

Hermanos sacerdotes: tenéis la unción de Cristo. Id adelante llevando la misión de Cristo, vuestro carisma. No olvidéis que cuando Jesús está en medio de su pueblo, éste encuentra la alegría y la esperanza, y nos preservará de vivir en una actitud de supervivencia. No hay que sobrevivir, hay que vivir. Sólo eso hará nuestra vida fecunda y conservará nuestro corazón vivo. Poned a Cristo allí donde debe estar: en medio de su Pueblo. Santa María, Madre nuestra, intercede por nosotros, Presbiterio de Toledo. Amén.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España